



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS CAPITULARES MISIONEROS DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE

Viernes 14 de septiembre de 2001

Queridos miembros de la XVII Asamblea general de la congregación de los Misioneros de la Preciosísima Sangre:

Con afecto en el Señor doy la bienvenida a la asamblea general de los Misioneros de la Preciosísima Sangre en esta fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Es muy oportuno nuestro encuentro en el día en que toda la Iglesia canta la gloria de la cruz de Cristo y se alegra por la fuerza de la sangre que brotó de "su fuente en lo más recóndito de su corazón para dar a los sacramentos de la Iglesia el poder de conferir la vida de gracia" (s. Buenaventura, *Opusc.* 3, 30). Juntamente con vosotros me arrodillo para adorar ese manantial infinitamente precioso, que brotó del costado herido de Cristo, y oro a Dios para que la asamblea general se esfuerce por asegurar que la fuerza de su sangre fluya con mayor abundancia aún a través de vuestra congregación, con vistas a la redención del mundo.

El alba del nuevo milenio es un tiempo para programar con audacia (cf. *Novo millennio ineunte*, 29); por eso, es un acierto que hayáis elegido como tema: "El rostro futuro de los Misioneros de la Preciosísima Sangre". En este momento el Espíritu Santo llama a toda la Iglesia a una nueva evangelización, y el Sucesor de Pedro confía en que los Misioneros de la Preciosísima Sangre desempeñen un papel creativo y activo en los nuevos esfuerzos de la Iglesia por "hacer discípulos a todas las gentes" (*Mt* 28, 19), como Cristo manda.

Vuestra congregación ha comprendido desde el principio la importancia de las palabras del Señor: *Duc in altum!* (*Lc* 5, 4). La orden dada a Pedro parecía no tener sentido: había bregado toda la noche y no había pescado nada. Así también ahora Cristo pide a la Iglesia que se dirija a personas y lugares donde aparentemente hay pocas posibilidades de éxito, y que haga cosas que en apariencia no tienen sentido según la lógica convencional. El Señor nos pide que

abandonemos nuestras suposiciones y confiemos en su palabra, porque sabe que de otro modo bregaremos en vano.

Cuando san Gaspar del Búfalo fundó vuestra congregación en 1815, mi predecesor el Papa Pío VII le pidió que fuera a donde nadie iría y realizara misiones que parecían poco prometedoras. Le pidió, por ejemplo, que enviara misioneros para evangelizar a los bandidos que por entonces tanto atormentaban la región comprendida entre Roma y Nápoles. Confiando en que la petición del Papa era una orden de Cristo, vuestro fundador no dudó en obedecer, aunque el resultado fue que algunos lo criticaron por haber sido demasiado innovador. Echando sus redes en aguas profundas y peligrosas, realizó una pesca sorprendente.

Dos siglos después, otro Papa llama a los hijos de san Gaspar a ser igualmente intrépidos en sus decisiones y acciones, e ir a donde otros no pueden o no quieren, y realizar misiones que parecen tener pocas posibilidades de éxito. Os pido que prosigáis vuestros esfuerzos en la construcción de la civilización de la vida, procurando proteger toda vida humana, desde la del hijo por nacer hasta la de los ancianos y los enfermos, y promoviendo la dignidad de toda persona humana, especialmente de los débiles y de quienes se ven privados de su derecho a participar de los recursos de la tierra. Os exhorto a realizar una misión de reconciliación, trabajando para reconstruir sociedades heridas por los conflictos civiles, reuniendo incluso a las víctimas y a los artífices de la violencia con espíritu de perdón, para que lleguen a conocer que "la sangre de Cristo es justamente el motivo más grande de esperanza, más aún, es el fundamento de la absoluta certeza de que, según el designio divino, la vida vencerá" (*Evangelium vitae*, 25).

"El rostro futuro de los Misioneros de la Preciosísima Sangre" debe ser el rostro del Señor crucificado, que derramó su sangre por la vida del mundo. Ciertamente, es un rostro de dolor, porque "para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús no sólo debió asumir el rostro del hombre, sino también el *rostro* del pecado" (*Novo millennio ineunte*, 25). Sin embargo, de modo misterioso, incluso en la aflicción, Jesús no dejó de experimentar la alegría de la unión con su Padre (cf. *ib.*, 26-27). Y en el momento de la Pascua esa alegría llegó a su plenitud, porque la luz de la gloria divina resplandeció en el rostro del Señor resucitado, cuyas heridas brillan siempre como el sol. Queridos hermanos, esta es la verdad de lo que sois; este es el rostro pasado, presente y futuro de los Misioneros de la Preciosísima Sangre; este debe ser vuestro testimonio en el mundo.

Pero esto sólo será así, si vuestra misión brota de lo más profundo de la contemplación, en la que "el creyente aprende a reconocer y apreciar la dignidad casi divina de todo hombre y puede exclamar con nuevo y grato estupor: "¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan gran Redentor!" (*Evangelium vitae*, 25). La contemplación del rostro de Cristo fue la principal herencia del gran jubileo (cf. *Novo millennio ineunte*, 15), y seguirá siendo siempre el núcleo de la misión cristiana. Por tanto, una nueva evangelización exige nueva profundidad de oración. Os animo a tomar esto como prioridad en vuestras deliberaciones

durante la asamblea general, para que en estos días de gracia no dejéis de decir: "Tu rostro buscaré, Señor" (*Sal* 26, 8).

No fue una casualidad que san Gaspar del Búfalo fundara vuestra congregación en la solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora. Lo hizo porque vio en la gloria de la Virgen el fruto maravilloso del sacrificio de su Hijo en la cruz. La redención de Cristo devuelve admirablemente a la humanidad el esplendor que constituyó el designio original del Creador; y este esplendor debe ser el objetivo de todos los planes y proyectos de los Misioneros de la Preciosísima Sangre. Por eso debéis mirar siempre a la Mujer "vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza" (*Ap* 12, 1). Encomendándoos a la solicitud amorosa de María y a la intercesión de vuestro fundador, de buen grado imparto mi bendición apostólica a toda la congregación como prenda de infinita misericordia en Aquel "que nos ha librado de nuestros pecados por su sangre" (*Ap* 1, 5).